

No perdamos tiempo.
 De lo que en ti pasa
 Conozco el secreto.
 —¿A qué entró Francisco?
 —Aranda el deseo
 Me mostró de hablarle.
 —¿Háse ya repuesto
 Mi tío? También
 Hablarle yo intento.
 —No es hora oportuna
 Esta en que me esfuerzo
 Por dar a tus ansias,
 Román, dulce premio.
 —¿Qué decís, señora?
 ¿Es acaso un sueño
 Lo que está pasando?
 —Muy bien puede serlo
 Si á hacer lo que exijo
 No te hallo dispuesto.
 —¿Qué exigís?— Que vayas
 A esperarme luego
 Solo y con caballos
 Del camino en medio,
 De la encrucijada
 Junto al roble viejo.
 —¿Un rapto?—La vida,
 Román, me va en ello.
 —¡Sangre, honor, deberes,
 Adiós! Yo estoy ciego.
 Tal dicha me mata.

—Tal dicha logremos.
 —Pero ¿y lo que he visto?
 —¡Ah niño inexperto
 Que por recta senda
 Marchas a tu objeto,
 Sin ver que es la astucia
 El mejor sendero!
 Mientras yo te explico
 Todo cuanto he hecho,
 De ser venturosos
 La ocasión perdemos!
 —Vóime al punto.—Vuela,
 Román.—Os espero.

Iba por el patio,
 Iba repitiendo:
 «¿Es lo que me pasa
 Realidad, o sueño?»
 Cuando de la alcoba,
 A guisa de espectro,
 Demudado el rostro,
 Erizo el cabello
 Y hacia todas partes
 Los ojos volviendo,
 Francisco salía,
 Temblándole el cuerpo.
 Sintió Inés al verle
 Júbilo siniestro,
 Y estas breves frases

Los dos se dijeron:
—¿Cómo sigue Aranda?
¿Le has visto?—¡Le he muerto!

IX.

Preparativos del entierro.

¡Noche de horror y execración! Clavado
Por la lujuria, el miedo y la venganza,
De Don Lope en el pecho está el cuchillo
Con que su esposa en el festín jugara.
Astuta cual serpiente indujo al mozo
A consumir el crimen a sus anchas,
E hipócrita y falaz, cuando él la dice
Que a su marido asesinó, se espanta.—
Caballero infeliz que en tal arpía
Cifraste de tu dicha la esperanza,
Haciéndola, al llegar a tu destierro,
De tu cariño imán, de tu honor guarda:
Con ellos y tu fe pusiste en vano
Tesoros y blasones a sus plantas,
Que a gratitud y amor su pecho cierra
Y de hiena feroz son sus entrañas;
Y en vez de reducir con la dulzura
Tu áspero genio a condición más blanda,
Quiso oponer al pedernal acero,
Y con tu muerte impune ver su infamia.

Ya no podrá en sus brazos estrecharte
El poderoso rey de las Españas,
Ni tornarás de honores rodeado
Tu patria a ver, tu solariega casa;
Ni a perseguir a las audaces fieras
En las quebradas sierras castellanas,
Ni a combatir contra el leopardo altivo
Que preso a Gibraltar tiene en sus garras.
Tú que venciste a tus contrarios siempre
En campo abierto y con iguales armas,
En tu lecho, embargadas tus potencias,
Sin poderte valer, rindes el alma
Al hierro de un gañán que tiembla al verte,
Y a quien una mujer cubre la espalda!
Por su doble traición antes que el gallo
De aquesa noche el término anunciara,
Y sin darte razón del trance horrible
Que de la vida terrenal te aparta,
De Dios en la presencia compareces
De tu violenta ira entre las llamas!

Tibio en el blando lecho está el cadáver,
Descompuesta la faz y amoratada,
Fijos, al parecer, los turbios ojos
En el labrado techo de la estancia;
En los cárdenos labios contraídos,
Como algodón cardado espuma blanca;
En desorden las ropas y colgando
El diestro brazo fuera de la cama.
En el lugar del corazón, rojizas

Gotas de sangre la camisa manchan
Frescas aún, del ignorado crimen
De Francisco e Inés única rastra.

Azorado el mancebo, ella tranquila
Al parecer, si con ocultas ansias,
Los dos penetran, sin hacer ruido,
En la alcoba, mas súbito se paran.
—«¿Hablábais vos?...¿Llamaron a la puerta?
¿Qué ha sido ese rumor?—dice a la dama
Francisco, y ella, al resonar su acento,
Con inquietud mortal vuelve la cara.
—Es ráfaga de viento, le responde,
Y en desatarse el huracán no tarda;
Démonos prisa, pues.»—Del cuarto mismo
Inés fuerte costal ligera saca;
Van los dos hacia el lecho y el cadáver
Con hábitos tan burdos amortajan.
No sin esfuerzo en el cóstal metidos
Cabeza y brazos, en seguida amarran
La extremidad abierta, y con ayuda
De la mujer, Francisco el bulto carga.
—¿Adónde lo llevamos?—Hay al lado
Del camino a la villa, honda barranca.
—Dista casi una legua.—Pero sabes
Que a sus profundos senos nadie baja.
—Mucho pesa Don Lope.—Fuerzas tengo
Por si las tuyas hoy nos hacen falta.
—Ved que nos coge el día.—Tiempo sobra
Para ir y volver antes del alba.

Vencido a su pesar, el mozo emprende,
De Inés a un gesto, fatigosa marcha;
Pero al salir del cuarto se tropieza
Con la mesilla en que la luz estaba.
Con todo y candelero la bujía
Del lecho ya desierto hasta las sábanas
Que en parte el suelo tocan, rueda al punto
Y en el lienzo, a la vez, cunde su flama.
Doña Inés se detiene un solo instante
Movida del intento de apagarla;
Mas luego reflexiona, y a sí misma
Se dice, no sin júbilo: «Que arda
La casa toda; así mejor oculto
De Aranda el fin a la justicia humana.»
Y tomando, de paso, una cajita
De bella forma, de carey y nácar,
Provista de doblones y diamantes
Con otras valiosísimas alhajas,
Y un rebozo de seda echando al cuello,
Tras de Francisco al corredor se lanza.

¡Noche de horror! Mientras retumba el trueno
Y el terrible huracán bate sus alas
Del Septentrión al Sur, tu fin anuncia
El gallo vigilante con voz clara;
Mas permanece el mundo envuelto en sombras
Hasta que en el Oriente asome el alba,
Y entretanto los genios infernales
Siguen urdiendo crímenes sin tasa!

X

Salto mortal. —Precaución de la justicia.

Tras el corredor oscuro,
Do todo es calma y sosiego,
El patio cruzan y luego
Detiénense al pie del muro.

Abre Inés angosta puerta
Con llave a todos oculta,
Y la pareja resulta
En la campiña desierta.

Della marchando al través,
Van a salir al camino
Con su carga el asesino,
Tras él, vigilante Inés.

Como el huracán arrecia
Y el cansancio al mozo daña,
Y quien así le acompaña
De compasiva se precia,

Muy avanzada la ruta,
Con él la carga divide,

Y él, que otra cosa no pide,
Asaz alivio disfruta;

Sin advertir el bellaco
Que Inés, con maña infernal,
De su ropilla al ojal
Ata las cuerdas del saco.

Aparte el clamor del viento
Que lluvia escasa ha traído,
Ella creyó haber oído
Rumor cercano un momento.

Pero registrar fué en vano,
Y halló su vista indiscreta
En oscuridad completa
Camino, cumbres y llano.

Sólo a un relámpago leve
Que esclareció el horizonte,
Bulto vió cerca del monte
Y jurara que se mueve.

Y aunque lo estimó confuso,
Teniendo el ánimo inquieto,
El desconocido objeto
No poco espanto la puso.

Queda a su espalda. ¿Es acaso
Que alguien descubrió el horrendo

Delito y viene siguiendo
A los culpables el paso?

Amaga así la existencia
Inquieta del criminal
Siempre suspenso el puñal
De la asustada conciencia.

Quisiera desviarlo Inés
Creyendo que su terror
Causa importuno pastor
O descaminada res.

Mas algo la dice adentro
Que quien a otros enreda,
Preso fácilmente queda
De su maraña en el centro.

Y, de distracción por vía,
De nuevo pónese al lado
Del mozo que, fatigado,
Con el costal no podía.

Y entre uno y otro arrumaco,
Mientras el peso comparte,
Más y más liga con arte
Del mozo a la ropa el saco.

Cuando en instante propicio,
Tras angustiosas faenas,

Llegan, respirando apenas,
Al borde del precipicio,

No lejos dellos Román
Que, de esperar aburrido,
Les vió salir y ha seguido
Como el acero al imán;

Sin que el proceder comprenda
De aquella que a huir le invita
Y al mismo tiempo a otra cita
Marcha por distinta senda;

Del fuego al tenue fulgor
Que cunde en casa y molino,
Desde un lado del camino
Vislumbra escena de horror.

Francisco afirma la planta
En el húmedo terreno,
Orillas del hondo seno
Cuya apariencia le espanta.

A corta distancia Inés,
Con atención inaudita
Mirando al joven, tiritita
De la cabeza a los pies.

Para lanzarlo al abismo
Francisco mece el costal;